



LUCÍA DE VICENTE

*De
puntillas
y a destiempo*



EL CLUB DE LAS TULIPANES 3



Una community manager que habla con fantasmas y un reputado historiador apasionado por los libros antiguos deben resolver juntos un misterio. El caos está servido si, además, el amor entra en juego como un huracán.

Gabriela Torres es considerada por sus socias como «la rari-ta». Y no porque sea vegetariana o tenga una vena mística muy particular, sino porque tiene la mala costumbre de relacionarse con fantasmas; cualidades que hacen que los hombres huyan de ella como de la peste. Menos mal que ser la community manager del Hotel-Palacio Los Tulipanes y atender su canal de Tarot *online* la mantienen tan ocupada que apenas le queda tiempo para pensar en su inexistente vida sentimental.

Hasta que uno de sus «muertitos», el quinto duque de Holguín, se empeña en darle trabajo extra. Si desea que él y toda su *troupe* de sirvientes abandonen este plano y que Los Tulipanes siga siendo considerado un hotel con encanto en vez de un hotel encantado, deberá encontrar un libro antiguo desaparecido, para lo que necesitará la ayuda de un paleógrafo experimentado.

Ewan Forbes, un atractivo escocés acostumbrado a vivir entre leyendas y supersticiones, no tiene ningún problema en postularse como el profesional que Gabriela necesita, siempre y cuando eso le dé la oportunidad de meter las narices en su biblioteca.

Y lo que *a priori* es una situación provechosa para ambos pronto se convertirá en algo más que solo trabajo. Las dotes de sensitiva de Gabriela y los conocimientos de historiador de Ewan no son lo único que está en juego; también lo están sus corazones.

Índice de contenido

Cubierta

De puntillas y a destiempo

Decálogo de El Club de las Tulipanes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Sobre la autora

Decálogo de El Club de las Tulipanes

1. *Carpe diem*. Aprovecha el momento.
2. Piensa libremente.
3. Aspira a encontrar tu propio camino.
4. Sé quien quieras ser.
5. La verdad está sobrevalorada.
6. Cambiar de punto de vista es de personas inteligentes.
7. No te conformes.
8. Nunca dejes de soñar.
9. La literatura es una necesidad del ser humano.
10. Aspira a cambiar el mundo.

Capítulo 1

—Me cuesta creerlo. Nuestros caminos se cruzaron por pura casualidad.

—Las casualidades no existen —replicó el sacerdote con firmeza—. Desde el momento de su nacimiento, los dos se vieron atrapados en un río de sucesos que unirían sus caminos, aunque nacieran en tierras diferentes.

Abrazos de seda, Mary Jo Putney

Gabriela miró con intranquilidad el panel informativo del aeropuerto de Sevilla, que avisaba de que el vuelo procedente de Edimburgo estaba tomando tierra, y se dirigió con paso decidido hacia la puerta de llegada que indicaba. Esperaba que los viajeros no tardaran mucho en salir porque los altísimos tacones de las sandalias la estaban matando.

Pero no tanto como para no darse cuenta del atractivo chico que escudriñaba el monitor a su lado. Uno de esos que haría volver la cabeza a cualquier mujer: alto, fuerte, rubio, con ojos azules y un atractivo hoyuelo en la barbilla.

«¡Compórtate, Gabriela, que el chico se ha debido de dar cuenta de que lo estás mirando con descaro y no se atreve ni a levantar la vista del suelo!», se amonestó para sus adentros.

Dispuesta a acabar cuanto antes con su tarea, alzó el cartel que llevaba en la mano para reclamar la atención de

los primeros viajeros que empezaban a gotear al ritmo de apertura de aquellos cristales opacos. ¡Menudo embolado le había preparado Beatriz!

Beatriz Crespo era una de sus tres socias del Hotel-Palacio Los Tulipanes, concretamente, la directora de eventos, pero esa mañana estaba tan liada preparando los últimos detalles del congreso que iba a celebrarse durante tres días que no se le ocurrió mejor idea que pedirle que fuera ella al aeropuerto a recoger a los participantes.

Por eso estaba allí. ¿Cómo podría haberse negado, si Bea siempre estaba dispuesta a hacer favores a todo el mundo?

Y por eso, también, estaba a punto de cortarse los pies y echárselos a los perros, ya que aquellas sandalias que, apenas una semana atrás, su amiga le había obsequiado como regalo de cumpleaños le estaban pasando una factura impagable. Eran preciosas, sí, pero con un tacón de infarto y una plataforma de, como mínimo, angina de pecho. Y, como no podía ser de otra forma, con dibujo escocés.

Sí, Beatriz estaba obsesionada con todo lo que hacía referencia a las Tierras Altas y a sus *highlanders*. Hasta el punto de que empezaba a enamorarse de uno —o quizá estaba enamorada de él hasta las trancas y no quería reconocerlo— que, para más inri, era el culpable de que aquel congreso de la Asociación Escocesa de Cazadores de Mitos Antiguos fuera a celebrarse en Los Tulipanes.

«Escocesa» era la clave. De ahí el porqué de aquellas torturadoras sandalias y de que ella decidiera calzárselas esa mañana, como mudo homenaje a los recién llegados.

Tan ensimismada estaba en el bucle de sus divagaciones que soltó un grito, acompañado de su correspondiente saltito, cuando sintió un liviano toque sobre el hombro. Pero, al girarse, la queja quedó atascada a su garganta.

—¡Hola! ¿Eres Beatriz Crespo? —preguntó el atractivo rubiales de unos minutos atrás, con una arrebatadora sonrisa en los labios.

—¿Eh? No, no, no. Soy Gabriela Torres, la socia de Beatriz —respondió desubicada por completo—. ¿Y tú eres...?

—Soy Ewan Forbes, el...

—¿Amigo de Cam? ¿El organizador del Congreso? —completó la frase por él.

—El mismo. Perdona la confusión, es que cuando te he visto con el cartelito...

—Ah, es que no sabía si vendrías aquí o llegarías a Cádiz por tus medios. Y como no conozco a los congresistas pensé...

—¡Mira, ahí vienen dos de ellos! —la interrumpió.

Y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le arrebató el cartel que llevaba en la mano y lo elevó por encima de las cabezas del resto de las personas que aguardaban la aparición de sus amigos y familiares. Con su más de metro ochenta y pico, para él, aquella era una gesta simple, pero para ella, que apenas llegaba al metro sesenta y cinco...

Aunque el calzado obraba a su favor. «¡Malditas sandalias!».

Los siguientes veinte minutos fueron una locura. A medida que los miembros de la expedición recogían su equipaje y se sumaban al grupo que poco a poco se iba formando en un rincón de la terminal, aquello se convertía en un galimatías de conversaciones en un inglés casi ininteligible para sus desacostumbrados oídos, a causa de ese terrible acento escocés que tenían todos ellos.

Se sintió ignorada, aunque tampoco era que le preocupara lo más mínimo, pues bastante tenía con intentar hacer un recuento de los que iban llegando. Misión imposible, por otra parte, porque no paraban de moverse de un sitio a otro y, al final, ya no sabía a quién contaba y a quién no.

—¿Estamos ya todos? —preguntó en un momento dado el tal Ewan, con lo que consiguió que su preocupación se aligerara bastante—. ¿Echáis en falta a alguien?

Al observar que nadie ponía objeciones, se tomó la revancha sustrayendo el cartel a Ewan sin ofrecer ninguna ex-

plicación y llamó la atención de la concurrencia agitándolo con fuerza por encima de su cabeza.

—Señores, señoras —exclamó alzando la voz cuatro o cinco tonos por encima del volumen que utilizaba habitualmente—, mi nombre es Gabriela y soy una de las socias del Hotel-Palacio Los Tulipanes —explicó en inglés, cuando vio que la mayoría le prestaba atención—. Si me siguen, los llevaré hasta el autocar y una vez allí procederemos a pasar lista antes de iniciar la marcha hasta Cádiz. Procuren no despistarse.

Y sin esperar ningún tipo de respuesta o queja, les dio la espalda y empezó a caminar con su cartelito en ristre, sin echar la vista atrás ni un solo instante.

El chófer, previsor, ya tenía las puertas y los maleteros abiertos cuando ellos llegaron. Ella se quedó fuera, apartada, observando el panorama. O lo que era lo mismo, al atractivo rubio desempeñarse como anfitrión, ayudando a unos y otros y conminándolos a ocupar sus asientos para el viaje.

«Bueno, guaperas, si te empeñas en hacer mi trabajo... Por mí no hay problema en que, de momento, tengas tus cinco minutitos de gloria», aceptó de buen humor. «Digo yo que habrá que dejarte que te ganes los honores del organizador».

Pero en cuanto vio que ya estaban todos a bordo, se aproximó sin prisa para tomar las riendas de la operación, aunque una ancha espalda ocupaba todo el espacio del hueco de las escaleras.

—Por favor, Ewan, siéntate tú también —pidió al propietario de aquella retaguardia tan bien formada y, sin darle ocasión de protestar, tomó la carpeta que reposaba sobre la primera fila de asientos de la derecha y señaló el que estaba junto a la ventanilla.

Aunque se había reservado las dos plazas para sí misma e, incluso, antes de bajar del autocar dejó sobre ella todos sus enseres a fin de asegurarse de que nadie osara colocar

allí sus excelsas posaderas, compartirlas con Ewan de pronto no le pareció tan mala idea. ¡No señor!

Una vez en el interior, se dio cuenta de que el jaleo que estaban montando los escoceses en aquel reducido espacio era de preocupar; todos hablaban y reían al mismo tiempo, con un tono tan elevado que mucho se temía que los de la Benemérita acudieran a medir el nivel de decibelios.

«¡Y luego los españoles tenemos fama de escandalosos!», se quejó para sí misma. «Pues estos no tienen qué envidiarnos en ese aspecto».

Desde luego lo que no tenían era nada que ver con lo que ella y sus socias se habían imaginado cuando leyeron la descripción que de sí mismos hacían en la página web de su asociación: «Destacados catedráticos, académicos, estudiosos y entusiastas personalidades del campo de la Historia, la Antropología y la Arqueología, que aúnan sus conocimientos en la verificación y registro de mitos, leyendas, fábulas y tradiciones, que forman parte de culturas antiguas y actuales». En su momento, aquello les sonó a aburridos a más no poder, así que, como no podía ser de otro modo, de inmediato se hicieron un mapa mental de lo que iban a encontrarse: un grupo de tediosos y circunspectos sexagenarios, con reverentes calvas, pobladas cejas y anodinas gafas de pasta sobre sus miopes ojillos.

Pero la realidad era que, en efecto, solo tres o cuatro participantes respondían a aquel perfil que ellas crearon en sus activas cabecitas. El resto conformaba un heterogéneo grupo, en el que también había unas cuantas mujeres, que cubrían una amplia franja de edad que iba desde los treinta y algo a los cincuenta y pocos años y que, aparentemente, tenían unas ganas locas de divertirse y no daban la sensación de ser nada aburridos.

Contenta con no tener que desempolvar su oxidado inglés más académico y correcto, tomó la bolsa de botellines de agua de la nevera instalada junto al conductor y se dis-

puso a repartirlos entre todos ellos al tiempo que contaba para ver si algún rezagado se había quedado en la terminal.

Lo hizo dos veces, una de ida y otra de vuelta, pero incluyendo al rubio sumaban cuarenta y uno. ¡Le faltaban tres personas!

Aquello provocó que su corazón se disparara y empezara a hiperventilar mientras su mente imaginaba a tres personas vagando por el aeropuerto sin saber adónde ir ni entender ni papa de español. Lo que, sin remedio, significaba problemas, comisarías y retrasos.

Alarmada, se aproximó a Ewan para compartir con él aquel «pequeño» detalle.

—Ay, es verdad, se me ha olvidado comentártelo —dijo él, todo sonrisas—. Hay dos asociados que se incorporarán al congreso a lo largo de estos días, ya que no han podido abandonar sus obligaciones antes, y uno de los conferenciantes llegará el sábado.

—¡Uf, qué susto me he llevado! —exclamó. El alivio surpura por todos y cada uno de los poros de su piel mientras hacía una señal al conductor para que emprendiera la marcha. Enseguida, tomó el micrófono para reclamar la atención de los viajeros—. Buenos días, señores —saludó.

Un rugido de «*hello*» y «*nice to meet you*» se apoderó de su protagonismo.

Con una sonrisa, hizo caso omiso de la interrupción y continuó con el discursito que llevaba preparado.

—Desde el Hotel-Palacio Los Tulipanes les damos la bienvenida a España —siguió diciendo en un perfecto inglés—. Espero que hayan tenido un buen vuelo. Sin embargo, aún nos faltan 121 kilómetros para llegar a nuestro destino final. Por lo tanto, y puesto que aquí es una hora más tarde que en su país y somos conscientes de que este horario es un poco tardío para sus costumbres, hemos pensado que lo más oportuno es hacer una parada para almorzar en un restaurante próximo a la autopista.

Todos aplaudieron de inmediato como uno solo. La algarabía y las alharacas a su previsión elevaron su buen humor, ya que tenía que admitir que aquel era un público entusiasta y receptivo, lo que era muy de agradecer habida cuenta de su inexperiencia en esas lides.

—Calculo que llegaremos a Los Tulipanes —interrumpió la euforia— sobre las cuatro de la tarde, más o menos. Allí, nuestra directora de eventos, la señorita Beatriz Crespo, les dará la bienvenida y los ayudará a instalarse. Les deseo una feliz y productiva estancia con nosotros —dicho lo cual apagó el micrófono y se sentó en el asiento que estaba junto a Ewan.

—¡Muy bien, Gabriela! —la jaleó—. Eres una gran profesional.

—Gracias —repuso ella, halagada por el reconocimiento—. En realidad, no tengo mucha práctica en todo esto —confesó—, la profesional es Beatriz. Pero, de momento, me temo que no os va a quedar más remedio que apañaros conmigo. Lo siento. Aunque ella os recibirá en Cádiz y me tomará el relevo para atenderos como merecéis.

—Yo no.

—Tú no ¿qué?

—Que yo no lo siento. Tu presencia es un regalo para la vista y los oídos de los pobres mortales como yo.

No pudo evitar soltar la carcajada. Aquella especie de piropo tan elaborado, dicho con perfecto sonsonete sevillano, le pareció encantador a pesar de que, por regla general, solían molestarle ese tipo de requiebros tan falsos y manidos.

—¿Cuánto tiempo llevas en Sevilla, Ewan? Porque ya tienes hasta acento...

—Pues en septiembre harán diecisiete años.

—¡Madre mía, media vida!

—Casi, casi. Cumpliré treinta y nueve el mes que viene.

—¿Y a qué se dedica un circunspecto y sesudo historiador de casi cuarenta tacos en una ciudad andaluza?

—¡A echarse a perder! —Ambos rieron al unísono.

—No, en serio, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo como asesor técnico de gestión de fondos documentales, gráficos y bibliográficos del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.

—Uy, eso sí que es importante. Ah, ¿entonces eres español?

—¿Yo? ¿Con esta pinta? —respondió señalándose con el pulgar—. ¿Tú me has visto?

—Bueno, puedes haberte nacionalizado. O ser hijo de española y padre escocés, o haber nacido aquí, o no sé. Como eres funcionario...

—No, no, yo nací en Inverness —la interrumpió—. Soy escocés de pura cepa, pero como ciudadano de la Unión Europea, y mientras el *Brexit* siga sin ser un hecho, tengo los mismos derechos que cualquier español. Así que soy funcionario porque me presenté a las oposiciones de la Junta para el Cuerpo Técnico del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico y las aprobé. Vamos, que me lo he ganado a pulso.

—¡Sin duda! —aceptó ella componiendo una cara de disculpa—. ¿Y qué fue lo que te trajo a España?

—Vine en 2002 con una beca para hacer un curso de postgrado sobre Estudios Históricos Avanzados en la universidad y, al final, me enamoré de Sevilla y de las sevillanas, así que aquí me quedé —respondió jocosamente.

—Interpreto que no de las que se cantan y se bailan...

—De esas también —aceptó muerto de la risa—. ¿Y sabes? No me desempeño nada mal con el baile.

—Ni con las otras, ¡seguro!

—¿Y tú de dónde eres? —cambió el ritmo del interrogatorio, con lo que pasó, en un parpadeo, de ser la que preguntaba a tener que responder—. Porque, por tu aspecto, creo que tampoco eres de aquí.

—Pues te equivocas, yo sí soy de aquí; nacida en Cádiz, de padres y abuelos gaditanos.

—¡Venga ya! Pero si pareces nórdica.

—No siempre somos lo que parecemos. No puedo creer que te dejes llevar por esos clichés.

—En realidad, ha tenido mucho que ver el hecho de que tu inglés es casi perfecto, lo que no es muy normal en una española de tu edad. Al menos, yo no conozco a nadie más.

—Pues estás de suerte porque vas a conocer a cuatro este fin de semana —rebató divertida—. Todas mis socias lo hablan igual de bien que yo. Estudiamos en un internado irlandés y las monjas eran unas petardas con el tema de la pronunciación y la sintaxis.

—¿Sois amigas desde el colegio? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. Y precisamente por eso somos socias, pero esa es una historia muy larga que ya te contaré en otro momento, si es que te sigue interesando.

—¿Por qué no ahora? Aún tenemos ochenta kilómetros por delante...

—Porque ahora vas a almorzar con todos tus amigos y compatriotas, que ya estamos llegando al restaurante donde tenéis reservada la comida.

Y sin más, se levantó del asiento para dar las oportunas indicaciones al resto de los pasajeros.

Ewan miró hacia donde estaba Gabriela. Era la viva imagen de un ángel escapado de alguna nube; tan menuda y rubia, con aquella piel de alabastro y esos ojos grises del color de las profundas aguas del lago Ness en los nublados días del invierno. Estaba sentada en un banco a la sombra, fuera del restaurante, y parecía muy ensimismada mientras escribía algo en su móvil. Suponía que se trataba del «parte» a sus socias sobre la llegada de todos ellos y el desarrollo de aquel almuerzo que, por cierto, había sido impecable: un guiso de carne que quitaba el hipo y boquerones fritos, de segundo, regados con un buen vino de la tierra.

De postre, unos Mostachones de Utrera con una copita de Pedro Ximénez.

¡Con lo peligroso que era aquel vinillo dulce! Él sabía por experiencia que entraba fácil, pero que, incluso para avezados bebedores de *whisky* como eran ellos, se digería con bastante más dificultad. Y, en efecto, ni siquiera el café de después obró su magia, por lo que todos acabaron bastante «calentitos».

No sabía si lo que Gabriela pretendía era que se quedaran fritos durante el resto del viaje para así mantenerlos callados, o simplemente todo era producto de un *marketing* muy bien estudiado para que estuvieran contentos y que no vieran los posibles defectos posteriores.

¡Pobre inocente! No sabía con quién se jugaba los cuartos. Alcohol a un escocés para tumbarlo, ¡ja! Necesitaría más que una copita si era eso lo que pretendía.

Ella, en cambio, había comido con la frugalidad de un pajarito y bebido muy poco; una simple ensalada con un montón de colorines, queso y agua. Mucha agua, eso sí. Tanto como para ahogar a un pez. Menos mal que al menos tuvo a bien acompañarlos con los mostachones y brindar con el vinito. Almorzando así no le extrañaba que estuviera tan delgada.

Cuando por fin consiguió sacar a sus colegas de aquel lugar, después de consentir que tomaran por asalto la tienda y se avituallaran con un importante surtido de los bizcochitos envueltos en papel y botellas de Pedro Ximénez, llevaban ya más de quince minutos de retraso sobre el límite de tiempo que ella les impuso antes de bajar del autocar. Por suerte, no parecía muy enfadada por la demora.

—¿Estamos todos? —preguntó ella en cuanto consiguió que la gente se quedara sentada, aunque ya nadie lo hacía en el mismo lugar que a la llegada—. Voy a contaros, no vaya ser que alguien se haya quedado rezagado.

—Deja, ya lo hago yo —se ofreció él, previendo los problemas de Gabriela si los chicos empezaban a moverse.